

<https://gregoryzambrano.com/novedades/>

Venezuela: el origen más cercano

Por Miguel Ángel Campos (@mcampostorres)



Miguel Ángel Campos

Un vigoroso análisis del sinuoso camino recorrido por los venezolanos a lo largo de su historia. En este lúcido ensayo Miguel Ángel Campos deconstruye y reconstruye mitos sobre la herencia civil, el sentimiento de patria y el concepto de ciudadanía y bienestar, representados en algunos paradigmas como civilidad, educación y justicia. Desde su pasado agrario hasta la llegada de la cultura del petróleo, desde las montoneras del siglo XIX hasta el militarismo devenido tutelaje del estado, Venezuela ha vivido intensos procesos de institucionalización y también de pillaje. Todo en una secuencia que explica el encubramiento de la falsa utopía del país rico y el harapiento que ensombrece nuestros días. Afirma, categórico en su reflexión: “De gerente y tal vez grave administrador de la riqueza social, ese Estado pasó a generador de un estilo de conducción, y esto ya no era su tarea, fundado en la inversión neta, luego se hizo clientelar, y ya en la era tutorial, al sustentar su vocación, se hizo populista y demagogo” ... siga adelante...

Al menos es un descuido no situar el prospecto venezolano del bienestar —su búsqueda melancólica— en la precisa frontera del postgomecismo. Cualquier otra determinación, pulsión o condicionamiento, debe ser expulsada en un acto de buena conciencia, pero sobre todo sanitario. Pues es preciso buscar el origen inmediato, que en este caso es el real, de tanto fracaso, que permita ver lo anómalo en su escondido obrar —y en medio de unos acuerdos y adelantadas diligencias donde ya no puede haber excusas. Ya para entonces la sociedad se moviliza sin cargas ominosas, ha dejado de ser la población extraviada en el territorio vacío de los caudillos, la ficción de lo público sin público y las arcas vaciadas. Es el origen real no tanto porque sea más verdadero, sino porque lleva sobre sí las tensiones de un tiempo sin mistificaciones, en él discurre la frontalidad del acuerdo de una salvación. Entonces descubriríamos las culpas del día en un acto ya no psiquiátrico sino más bien forense: allí la incompetencia, allí la alevosía, acá la mirada despejada, advertida de que un mundo comienza.

Modelaje y expectativas de hoy corresponden a las diligencias de ese acuerdo inaugural cuyo programa es rastreable desde 1936, ya no como un hito cronológico sino como una actitud en la que debe haber una voluntad de desconfiar del pasado. La conciencia de una dimensión pública nueva, la percepción de la novedad civil son actos de fuerza nacidos de la necesidad de contrastar la era gomecista, entrevista no tanto como barbarie sino como imposibilidad de intercambio, tiempo de atraso de lo público y rezago de las masas.



Porque la expulsión de la barbarie nunca fue una asunción purificadora, ella permanece en el prospecto psíquico como una fatalidad y en esa medida es atesorada, recurso desde y contra el estallido. Su definición no es ajena a las formas de creación de lo político, lo irregular y anómalo es retenido desde la emoción de lo nuevo, y en un solo temblor: entre la inseguridad de los actores y el pasado lacerante. El hecho de que no hubiera cercas en el llano, el ganado cimarrón errando en un territorio de nadie, hace concebir a Santos Luzardo una razón peregrina: aquel caos resguardó los intereses de Altamira de la voracidad de Doña Bárbara, de sus trampas jurídicas.



Portada de la 1ª edición de Doña Bárbara

Es una sociedad que se refunda en un pacto de largo alcance, orgánico por su peso voluntarista y la germinación de un imaginario, rotundo por la significación del contraste. Que carezca de documentos forenses sólo prueba cuán disímiles eran los actores, por un lado una élite investida de solemnidad, por el otro la muchedumbre desarrapada pero ya convertida en objeto de celo. Los conductores ilustrados muestran su sentido práctico, entre el control de la emergencia y el manual de civilización: el "Programa de Febrero". Los que debían ser redimidos se saben ya en posesión de un bien discernible, la libertad, y ésta, entre los beduinos, sólo adquiere carta de ciudadanía si se riega con sangre. Que sea poca o mucha sólo depende de la animosidad y el calibre de las armas, y esa poquita sangre precede al "Programa...", pues es su bautizo, como un impulso propiciatorio que no abandonará aunque predique contra la violencia. Nada podrá ya ser adjudicado al tramado de un pasado mal conocido y peor vivido, a los episodios de una vida de guerra y paz, floridos momentos y raptos de demencia. Lo heroico sólo pertenece a la propaganda escolar, lo infame y el rumor de lo insano ya no se admiten para amparar asesinos y malos gobernantes, los viajeros de Indias ya no explican una genealogía, las taras ya nada condicionan y la antropología racial del positivismo hace sonreír a los locos furiosos.

1936, el año de la epifanía, nos libera de los traumas freudianos, quedan políticamente desautorizados. El idílico último tercio del siglo XVIII, con sus valles hechos cornucopia y sus optimistas mantuanos, su milagro musical; el viaje al centro del infierno que fue la Emancipación, la pira de la Guerra Federal devorando en el primer acto al puro Rafael Guillermo Urdaneta, la ilusión urbana del civilizador del último cuarto de ese siglo XIX, los veintisiete años casi gestuales de Gómez, todo queda atrás atado en un pañolón y con doble nudo.



Juan Vicente Gómez

Hacia allá, a ese pasado, no se puede mirar ensimismado a riesgo de extraviarse en una genealogía demagógica, hundirse en historias de familia que nada dicen a un presente agónico. “San Mateo, Turmero y Maracay son pueblos encantadores en los que todo manifiesta la mayor comodidad. Créese uno transportado a la porción más industrial de Cataluña”. La valoración de Humboldt tiene el justo valor de la arqueología, ninguna continuidad autoriza filiaciones o nostalgias. En su documentado ensayo “La patria de los venezolanos en 1750”, Augusto Mijares fija el bullir de una nacionalidad que se ha constituido desde el territorio culto y la herencia civil, el remoto sentimiento de patria de unos hombres oponiendo al uso real de la Corona sus hábitos y acuerdos, y en un desempeño de ciudadanía nutrido más que de protocolos, de usos fundados en el reconocimiento de una herencia que debe ser retenida desde un concepto solvente de bienestar: civilidad, educación, justicia. Aquella experiencia de los padres nos es ajena, nada puede hacer ella —estelar en la pureza del mito— para remediar el desaliento de hoy, pertenece a otra dimensión a donde se ha fugado como en una expulsión, el rechazo de los trastornados. En su *Disgregación e integración* (1930), Vallenilla Lanz ilumina un tiempo larval de la venezolanidad, en él discurre un espíritu formativo orientado a sustentar la práctica de pueblo como resguardo de lo mejor de los logros de la democracia castellana, esa de los cabildos y la potestad popular que enmienda al Rey. Va a las raíces del sentimiento federativo y nos demuestra que este era más que puro espíritu de parroquia; la autarquía se muestra entonces en su aspecto complejo —y moderno— de micromundo en medio de la retórica del reino imperial. El largo ruido colonial de la autonomía de las provincias, su discusión de la discrecionalidad de Tenientes de Justicia, Capitanes Generales, encomenderos y reyes, es el fecundo sustrato de la eclosión intelectual de la Emancipación. Aquel ordenamiento legal donde una viuda podía encausar y condenar a un funcionario de la Corona, y aun muerto este obligar a sus herederos a pagar una indemnización, probaba que obraba como un auténtico *etat du droit*, donde los actores eran determinantes, superiores al fetichismo de lo jurídico. Hoy, el saldo de la democracia de gestos puede verse en una usurpación autorizada por aquellos para quienes el país se disolvió en la ausencia de compromiso y la indiferencia. Cómo reclamar desde la institucionalidad el abuso de poder, cómo denunciar la barbarie si el acuerdo no llegó a ser sino un ejercicio dominical desnutrido de emociones, la simulación de una modernidad de consumidores.



Augusto Mijares

Tal vez la precisa frontera sí produjo sus selectos actores en los años finales de un gomecismo que ya sólo retenía el puro control de la fuerza; instituciones y vida intelectual avanzaron fuera de una práctica pública. Sin una elite que ha pensado lo nacional en y durante la barbarie no es posible comprender la eficacia con que esos actores enfrentan un tiempo que hubiera podido ser de desconcierto. No ha habido negación y mucho menos *mea culpa*, es un tiempo saturado y conjurado tras la sofocación y en la inminente acción de respirar o morir, es el cuerpo del semimuerto levantándose desde la pura inercia y contemplando el día, reconociendo su duración, de la que se obliga a ser parte.

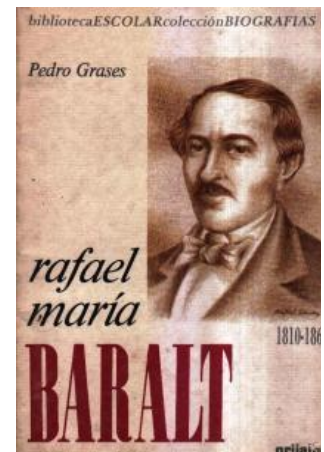
En la asepsia del “Programa de Febrero” el primer punto debía ser la acción casi quirúrgica de eliminar a Eustoquio Gómez, ese asesinato debía ser encarado como una providencia administrativa y ser recordado en la Memoria y cuenta de 1936. Pero el desenfado de los alienistas no llega a tanto. No es casual que dos libros higienistas aparezcan consecutivamente en 1938 y 1939, *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, de Augusto Mijares, y *Hacia la democracia*, de Carlos Irazábal. El primero irrumpe contra las leyes del atraso, el segundo es todo un himno del destino revelado. Es la necesidad de dotar de identidad, biografía y prospecto a aquella voluntad venida al mundo desde el puro acto bárbaro de desarraigar al monstruo, gesto teseico que se cumple mediante la calma muerte del cancerbero. “Muerto de la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso”. Esto que dice Sarmiento del Doctor Francia vale por todo un diagnóstico clínico, no del cadáver de Gómez sino de la sociedad venezolana. Esa “quieta fatiga” que agobia hoy a ese pueblo se transmitió al cuerpo social tanto desde la inmovilidad como desde el conformismo y la autocomplacencia.

La primera visión de Venezuela está en las cartas de Felipe von Hutten, extraviadas durante 400 años, sobreviven a la incineración de Dresde. Recién en 2007 se publican en español y en edición venezolana (de la Universidad Católica Cecilio Acosta), aquel es el testimonio ya no de un encomendero sino de un contratante, algo así como un presidente electo de hoy. El hombre que se encarga de ese metafísico Estado viene a América a hacer fortuna para merecer a la mujer que pretende, una noble de Leyden, la fortuna le rehúye, y es decapitado en el Tocuyo. Pero antes ha consignado momentos de una realidad que no pertenece a los cuadros de naturaleza sino a las tensiones de los acordados, como ese donde la avanzada hambrienta (no en balde están en la “tierra de poco comer”, de Uslar) rapta niños indígenas para destazarlos y comerlos medio crudos. La partida que Alfínger envía a Coro desde las selvas de Perijá parece de consunción, se extravían en la ruta y

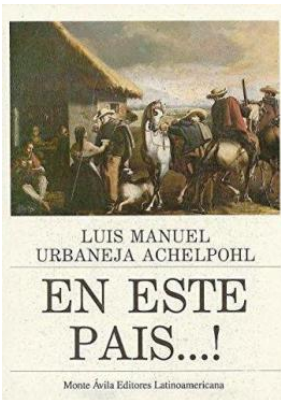
enloquecen en medio de la naturaleza, se hartan de palmitos y los acompañan con indios, en tres oportunidades hacen banquete, pero estos caníbales no están locos, la última vianda es un indio joven que llevan de avío para la marcha sin destino. Este catálogo es numeroso y su descripción sólo agotaría, pero es útil repasarlo; de ninguna manera para explicar imposibilidades y horrores de un futuro, estamos fuera de la terapia del trauma, el psicoanálisis de la historia no produce rehabilitaciones, tan sólo resentidos, y en el peor de los casos turbas asesinas. El asesinato de Antonio Paredes es un asunto de Estado y es monitoreado por Cipriano Castro con la misma meticulosidad con que Lisandro Alvarado anota una de sus giras en 1904. Pero no es un asunto de naturaleza distinta a la estadística que muestra como al final del gomecismo hay menos escuelas que en 1886, penúltimo año del reinado de Guzmán Blanco. El que ha tenido momentos de aplomo, Castro, no resiste la tentación del crimen, en un raptó de impunidad, y de miedo, ordena aquel horrendo asesinato. La Venezuela arrasada ha convertido un decreto admirable en una mueca, y los tres cadáveres que un parcelero de cacao rescata del Orinoco, el de Paredes decapitado, son el equivalente de la escuela pisoteada, y en Paredes sobre todo asociada a la cultura y las maneras. La orden de ejecución no está escrita sino en una especie de acuerdo oral que va de boca en boca y a nadie compromete, pero en el que la República adquiere un tufo maloliente. Las grandes maneras esconden un palpito, los gestos gratuitos de redención no son tales, suelen ser concesiones a lo políticamente correcto o extrañezas que la horda no extraña.

Ese es el país que debe hacer balance en 1936: de sus tiempos perdidos, de sus hatos cundidos de garrapatas, del territorio vacío, de la simulación de lo público, del abismo cavado por la inercia. Ese país debía ser refundado, pero si toda fundación supone un rito secreto —como nos recuerda Murena—, refundar implica una negación, un gesto revulsivo donde previamente se han mezclado sustancias vitales y así dar entereza al organismo: gases de la podredumbre, restos excrementicios, la sangre renegrida, agua de sus manantiales (embotellada), polvo de huesos de cementerio. Juntar, como en una retorta, los elementos de lo cósmico degradado, el olor de todas las abominaciones, un atardecer sacado de un párrafo criollista, todos los “proyectos nacionales”, los empréstitos públicos, desde el Tratado de Coche hasta el Fondo Chino de estos días, los niños indios comidos en sancocho por la partida de Hutten y la Reforma Agraria, la más reciente fertilizada con los cadáveres de 200 campesinos. A estas alturas la *mea culpa* ya es inocua, un exceso de mala conciencia puede hacer del ejercicio sacramental, y de toda invocación, solo drenaje retórico de los contumaces.

El catálogo de fracasos de la vida en común venezolana, insistencia malsana en la simulación, ni siquiera ha creado anticuerpos en un organismo que presume de nuevo y joven ante cada derrumbe; en la reaparición cíclica de sus agonías, sus voceros hablan de unas reservas morales, aunque lo único real son las reservas de petróleo. Otros, esos docentes de pensum y programa, encarecen los dones de nuestra juventud escolar, cual valor absoluto proyectan en un escenario cuestionado aquello hecho pedazos: esos jóvenes desconcertados, una generación biológica que a nada pertenecen que no sea la sociedad de consumo planetaria, desgajados de una herencia local, seres en un limbo cultural, hijos circunstanciales de una nación. Pues a ellos apela la voz de unos ductores que se creen benditos en medio del lugar común.



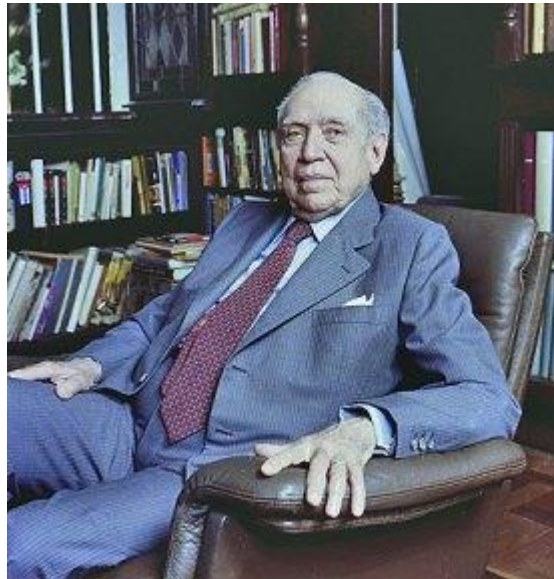
El país que se apresta a encarar ese novedoso proyecto y ya centrado en la cultura del petróleo, su destino entendido como la ejecución de un programa alentado desde el seguro financiamiento y el optimismo de los días abiertos y el crecimiento demográfico, ya no está en posición de consultar a la Sibila, y menos aún debe solazarse en lamentaciones. No se ha reparado lo suficiente en el carácter de conjuro de esa frontera, ese horizonte no admite justificaciones que hablen de remanentes o herencia del gomecismo —si la palabra petróleo no aparece ni una sola vez en el “Programa de Febrero”, es también otro síntoma del titubeo, el vínculo que ata con caudillos de chaparral y criollismo. La percepción que el país tiene de su nuevo estatuto no ayuda en nada a asimilar el estremecimiento; por un lado modosito, por otro expectante de los hombres de gobierno. Pero es el mismo que se echará en el torbellino de los hábitos y consumo de una economía que transforma y disuelve, habita desde una ontología a la muchedumbre reilona. En estos días (2014) Francisco Javier Pérez exhuma al Baralt triste, cita in extenso el párrafo de su “Carácter nacional” como para reafirmar lo que de seguidas pasa a denunciar: el país ocultando sus miserias, sus carencias sustituidas por el alto volumen de las carcajadas, los colores chillones de lo provisional. “El país de la alegría”, así titula su ensayo, en una ironía que casi prescinde del referente, lo cual sería sarcasmo, pues su prédica se sostiene sobre el escándalo de aquello que una comunidad oculta entre sus harapos. “La Venezuela festiva teme el silencio”, dice para advertirnos de la magnitud del extravío. Ese silencio nunca interrogado, y en el cual se sepultan los cadáveres de aquella fiesta, texto fundamental de una valoración difícil por negada, el autor construye una letanía lacerante, indica en la dirección de lo oculto que no puede tener revelación como instante de síntesis pues se trata de una mistificación, nunca de una dialéctica. “Como si temiera en el silencio las duras verdades sobre su existencia, el venezolano corriente y general habla duro, busca la fiesta bulliciosa...”.



Frente a la escasa disposición política, y poca cosa que poner en la mesa de la civilidad, el venezolano se instala en medio de la fiesta con ánimo triunfador; entre algún sarao de pueblo retratado en En este país..., la novela de Urbaneja Achelpohl, y la inauguración de la urbanización El Silencio media un abismo, pero los comensales parecen ser los mismos, allá jipatos, aquí cazurros. La duda sobre los haberes de esos ciudadanos, husmeadores, votantes, se hace angustia a través de las sucesivas donaciones de esos años, amparadas por la renta social, que todavía no es dádiva, y la continuidad de la modernización, incluso cuando en 1948 se haga puro gesto de ajuar y mobiliario.

La donación es un acto de fuerza, hechura de una generación que irónicamente se ha formado durante la gestión del más bárbaro de los caudillos, su aniquilador. Desautorizado todo condicionador, sea símbolo o institución, desmentido todo trauma freudiano, las masas de esa modernización que invocan la democracia no traen a ese rito inaugural nada que se parezca a las exigencias de ese límpido objeto del deseo. Su garantía estará en los aleccionamientos y protocolos, en los acuerdos y en la educación de la escuela, puro aparato jurídico de un desesperado ideal. Ese Instituto Pedagógico Nacional junto a la Revista Nacional de Cultura, creaciones primerizas y urgentes, son como la demanda del cuerpo que sin oxígeno perecería. Luego vendrán el lenitivo contra la malaria y el hambre, y el orden no debe movernos a risitas maliciosas, aquellos hombres al menos no estaban arrasados por la demagogia y tenían una idea justicieramente informada de lo que es una sociedad. Ningún estudio focalizado, ninguna sociología de casos, ha mirado con detenimiento ese escenario, desde el cual se ejecutará el mayor proyecto de restauración desde el tiempo postindependentista. Ningún diagnóstico, que no sea fijación de carencias, ninguna evaluación, que no sea cálculo de costos, se abisma sobre aquel abismo

del cual surgirá en breve tiempo una sociedad que lo probará todo en un rictus más que de consuelo, de saciedad. Entre la prédica del pueblo estafado y su declarada pureza se levanta la imposibilidad de examen de las culpas, de allí fluye la turbia emoción de la espera, de todo cuanto se le debe a esas muchedumbres dolidas. El instrumento serán esas instituciones como donación, casi instalaciones, expresión de la actividad y mantenimiento administrativo del Estado. Era la hora del exorcismo, la de hacer cargos y requisitorias, Uslar Pietri recordaba en algún discurso de su campaña electoral que en aquellos días se pusieron de moda los llamados “censos de necesidades”. En ellos, dice, “cada pueblo hacía una interminable lista de cosas que necesitaba, y allí figuraban desde la refacción del Templo en ruinas, desde la estatua de Bolívar para la plaza, hasta el hospital y la escuela y el camino y las aceras y las cloacas y el acueducto”. El país había acumulado males y ahora tenía voz para mostrarlos como clamor, hombres e instituciones que los habían tolerado, sus responsables públicos, ahora estaban en el trance de esgrimirlos como bandera de una reforma. El pueblo demandante mantiene su condición de minoridad, analfabeto, parasitado, pero ahora es la fuente de legitimidad de una nueva manera de retener el poder, quienes lo ejercen tienen en él la razón de sus mejores acciones. “La verdad es que en el año de 1936 Venezuela descubre que es un país atrasado, que es un país pobre, que las tierras agrícolas de primera clase no abundan y que prácticamente todo está por hacer”.



Arturo Uslar Pietri

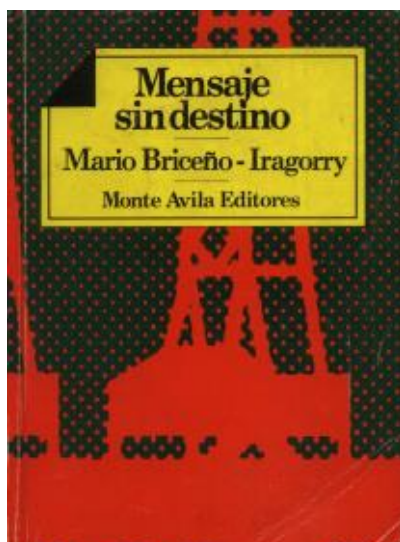
En la cita de Uslar la palabra *descubre* no puede ser sustituida, carece de sinónimo, pues en ella su autor parece asentar el peso de la sociedad ensimismada, desapercibida. Y este no es un recordatorio menor, nos aproxima a una denuncia hecha en medio del ruido por algunos angustiados: esa del país que siempre recomienza, adánico, cortando con sus procesos, ignorándolos y en algunos casos negándolos en una acción dislocadora, demencial. Y cuando se recuerda el pasado no es para escudriñar en él una orgánica pulsión, una elección que permitiera anclar la regularidad en la genealogía. Es para ir a buscar allí exculpaciones y confinar en lo lejano arqueológico las imposibilidades, remitir a otras generaciones la razón de los fracasos. En su amarga reconvencción del petróleo engendradora de espejismos Uslar no escapa a esa tentación, quien ha reconocido la pobreza a la lo largo de unos ciclos, que la ha adjetivado —“pueblo de poco comer”—, no logra encarar el presente en su dimensión de responsabilidades de unos grupos lidiando con el albedrío de conocimiento, ciudadanía y poder. La apelación a un origen remoto y quizás último resulta un conjuro ante el marasmo, y en la oscura determinación de purificar la historia de unos erráticos. “La Venezuela petrolera está cercada por la Venezuela miserable que viene del pasado colonial...”. Hasta cuándo será posible mantener este ritornelo, sabemos hasta donde nos ha llevado; endosar a la Colonia la suma de errores e imprevisiones de unos grupos

obrando en la libertad de diseñar el bienestar. Definir la miseria como estigma de los antepasados, evitándose así confrontar los hábitos de los acordados en tiempos de autonomía, no son estos diagnósticos teñidos por la pasión, no es insuficiencia de datos, ni documentación sin heurística, es la permanente exculpación de los indiferentes, su sustracción de las graves tareas de un presente donde toda pesa, pero los taciturnos creen que la salvación siempre ocurrirá en el minuto final. He citado al señero valorador de nuestra economía petrolera, al pesquisador de los momentos orgánicos de una sociedad, pero una impresión similar domina en un autor que pudiera estar en las antípodas de Uslar. Carlos Ramírez Faría consigna al final de *La democracia petrolera* (1978), un previsible hallazgo, definitiva etiología donde se consagra fuera del presente la incubación de todos los atrasos y la ineptitud de unas instituciones, y va más allá de la sola época, acerca la mirada y logra dar con unos actores, casi con una conspiración. “El subdesarrollo en Venezuela se engendra durante el período colonial como una especie de subproducto del fracaso político del imperio Habsburgo que hundió con su empeño hegemónico a España y sus colonias”. Aquí estamos instalados ya en la teoría de la dependencia, pero esta ha adquirido una dimensión psicoanalítica, aunque, justo es decirlo, envuelve a toda la familia, su alcance totaliza la perturbación pero hace una distribución tan equitativa que ya no es posible entendernos con las fuerzas reales. Será el Picón Salas receloso del petróleo ordenador, quien con su característico juicio intuitivo oponga a la sociedad desmovilizada, anclada en un tiempo inercial, el impacto de la novedad económica y en términos de arrastre. “Ahora, a la muerte del tirano, otra vuelta del destino: la riqueza petrolera que nos hacía crecer y progresar aun contra nosotros mismos...” *Aun contra nosotros mismos*, la indicación resulta de largo alcance, está señalando en la dirección de unas pulsiones que en los símbolos relacionales del petróleo están liberadas de la carga opresiva contenida en el campo y geografía fatalistas.

El balance de nuestros ensayistas del período pudiera tenerse como una aproximación a las emociones y pulsiones de aquel orden, y diría que si algún referente hay en el programa general que va desde 1936 hasta 1948, éste corresponde a la valoración intelectual de esos pensadores, desde el Positivismo tardío hasta el análisis del país planetario de la postguerra (Enrique Bernardo Núñez, Juan Oropesa). Allí hay un conjunto de conceptualizaciones, definiciones y caracterizaciones que sirven intuitivamente a los agentes de la puesta al día. Desde la observación decimonónica de López Méndez, según la cual la condición del Estado expresa la de la sociedad, hasta el abierto recelo de Julio César Salas de los métodos de la comunidad patriarcal, donde campesinos y generales se corrompen, desde la comparación de Picón Salas del mapa de Venezuela con un cuero seco, hasta el sarcasmo de Enrique Bernardo Núñez ante el enaltecido país que ha ayudado a ganar la II Guerra Mundial con su petróleo.



Mario Briceño Iragorry



Desde el práctico empeño de Augusto Mijares, diseñando las demandas de la escuela primaria, hasta el juicio sumario de *Mensaje sin destino*, de Briceño Iragorry, precisiones de largo alcance sobre las insuficiencias del pueblo actor, lo que este llama *desestructuración* y “carencia de sentido del paisaje”. Se trata de un muestrario del esfuerzo sintetizador de los conocedores del proceso orgánico de una sociedad. No son técnicos sociales que hacen prospecto, tampoco ordenadores de estadísticas, ningún gobierno les ha encargado su valoración. Es la suma de lo estable, el alcance de la observación de los que no están movidos por urgencias y cuyo objeto de desvelos no es la punta del iceberg. Que Briceño Iragorry sea un perseguido del mismo gobierno al cual Mijares sirve sólo prueba que las exigencias de lo público estaban más allá de las circunstancias de la retención del poder; lo mismo ocurre con Uslar y Picón Salas, dos verificadores en distintas orillas pero comprobando los mismos hallazgos. Otros, como ese Meneses que huye a Bogotá espantado, vuelven para buscar ya no el país de una saga sino el alma solitaria, determinados a explorar intimidades subestimadas (de la saga venezolana presente en sus iniciales novelas filociollistas, pasará sin pausa a la indagación dimensional de *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, por ejemplo).

Solemnes estudios de las ciencias sociales académicas parecen solazarse en un panorama más objetivo pero menos real, desde Eduardo Arcila Farías hasta Salvador de la Plaza, uno abona a la identidad del gamonalismo en su libro sobre la encomienda, el otro se afana en la economía autónoma, sin sujetos. Y no es que sean temas muertos, es sólo que en su autolegitimación están impedidos de adjetivar.

Augusto Mijares nos ha dejado un relato ecuánime de los hombres que se ocupan de ese país de 1936, y representan el modelaje de virtudes en el torbellino del nuevo entendimiento del poder. Aleccionando el Estado, gestionando desde grupos avisados, y sobre todo instalados mentalmente en lo que sería la sociedad del conocimiento, son los resguardadores frente al extravío. Nacidos entre finales del siglo XIX y la primera década del XX, él mismo es una estampa ejemplar; si es mérito intuitivo de los jefes cortar la tradición de fuerza del gomecismo, resulta toda una hazaña civil la voluntad de esos hombres imbuidos de emociones ciudadanas, espectadores de la nación para la que el concepto de patria ya es insuficiente. Buena parte de ellos autodidactas, se habían formado en la escuela de contención de los atesoradores de una tradición culta, la academia nada nuevo les revelará; diseñan desde las necesidades reales sin ser pragmáticos, se empeñan en instituciones fundadas en la norma sin ser leguleyos. Lejos estaban los tiempos del solaz de eso que llaman *situado constitucional*, y mucho más de esa frase contrahecha: “bajar los recursos”, y que no evidencia sino la voracidad de quienes se hacen pagar por adelantado lo que no están en capacidad de hacer. Si la idea de patria era un sentimiento maduro en la generación de la Emancipación, en aquellos que reciben la tarea de restaurar el sentido de identidad en 1936, es la sensación de lo nacional como un conjunto de referencias desarticuladas, debía ser enfrentado desde un ánimo donde saber y cultura iban a lidiar con una nueva expectativa de venezolanidad. El ejercicio discrecional del poder había probado sus límites por medio de todas las subordinaciones: de las instituciones, de los hombres ya no ignorantes sino sumisos, del tejido social mismo devenido en escenario de gestos ostentosos pero sin rumbo. Y sin embargo, siempre habría que apelar a la fe en lo inaugural, nombrar el país en una acción finalista, algo de eso hay en el editorial que firma Picón Salas en el primer número de la Revista Nacional de Cultura. “Aquí estamos, desde las páginas de esta revista, en emocionada contemplación de Venezuela”. Esa “emocionada contemplación” va resultando el signo del redescubrimiento de unas ruinas, acto sentimental renovando la arcadia pisoteada, y no se puede nacer permanentemente a riesgo de nunca crecer. Esa emoción de sentir el país disminuido y que precisa de la exaltación de lo filial, de un corazón palpitante, ya no es suficiente, algo falta en esa comprensión de lo venezolano, tras la constatación de unos rasgos, hacer visibles unos hilos medulares, se requiere el diagnóstico de alcance terapéutico. A la emoción de Revenga en 1824, adquiriendo en Londres 40 mil lápices y mil pizarrones de su propio peculio (y no para que los bodegueros sacaran cuentas, por cierto), ya no puede suceder sino un

sentido de totalización de la sociedad frente a sus riesgos de organismo dictaminado. Ya no cabía emoción adánica alguna, los gestos de la virtud ciudadana ya habían ocurrido, y debía ser temerario solazarse en su refrendación individual. Aunque vale la comparación proverbial de Mijares: “A veces nos recuerda el modo de concebir y de trabajar de otro gran fundador que tuvo mejor suerte, de Franklin, el cual también se empeñaba en enseñarles a sus compatriotas hasta la manera de obtener mejor pavimento para las callas y de mejorar el alumbrado público”. El pueblo gregario estaba obligado a convertirse en civilidad protagónica. Y aun hoy los hábitos salvíficos no es posible remitirlos a las prácticas de una comunidad, dónde irlos a buscar, entonces, en medio del descrédito de las instituciones y la abierta venalidad de los hombres públicos.

Mijares los llamó, a aquellos constructores, “una generación de improvisados”, y la biografía modifica el sentido del adjetivo, la ironía en boca del austero señor termina por iluminar una manera de eficiencia ejecutada por la devoción, y a su vez pone en evidencia a las generaciones de burócratas de un funcionariado ya parasitario, abiertamente venal. De las tareas programáticas dice que cuando ya se había armado un proyecto y se avanzaba en la constitución de un servicio (de educación, de arte o sanitario), entonces aparecía una pequeña catástrofe en una reducción fiscal o el cambio inusitado de un ministro. Había que lidiar también con un mal hondo y estable: el desprecio de los filisteos, la desconfianza de los taciturnos —“...la del gobernante mezquino y rencoroso, con el lema de arrinconar y oprimir ‘al que se las echa de honrado’ y ‘al que se las echa de que sabe’”. Es el ciclo, hasta hoy, del desprecio de los entronizados por todo cuanto no comprenden, de la magnificación de una condición, la del administrador que se cree sabio y exige veneración, y al que los mismos prudentes terminan adulando en eso de santificar sus disparates, en vez de enmendarlos. Había que remodelar desde hábitos hasta pulsiones y apetitos, imponer la función de la escuela en medio de los inmediateismos y las urgencias de un cuerpo social agónico, justamente por las carencias de la educación. El balance, anotado con rigor, para ese año que Mijares denomina “día de la liberación”, es devastador. Al final del guzmancismo (1889) hay en Venezuela 1979 escuelas, para 1932 solo 2000, apenas 21 escuelas más, Mijares agrega un dato más que abulta el expediente, el largo período de paz y relativa bonanza de uno, frente a la zozobra levantisca del otro. Ningún liceo tenía laboratorios, y el total de cátedras en 1936 en todo el país es de 188, “menos de las que, a los pocos años, tenía ya el solo liceo Andrés Bello de Caracas”. Y al menos resulta admirable la iniciativa de Enrique Planchart, contra toda tecnocracia, de emplear como regalo de boda piezas de los jóvenes pintores inscritos en las nacientes escuelas de arte. Era una manera de valorizar un arte y restaurar el buen gusto, pues la gente adinerada adornaba sus casas con cromos y litografías “que el comercio local les vendía con llamativos marcos y nada baratos”.

En ocasión de los 25 años de la revista “Tricolor”, Mijares ha recordado cómo tuvo la idea práctica al ver una cartelera de pueblo y en una de sus visitas de ministro supervisor. Le expone su deseo al pintor López Méndez y le pide un bosquejo, este en 24 horas le presenta más que eso: la maqueta completa y el prospecto —“y me trajo la revista hecha, porque además de llevar el dibujo que debía tener en la portada, estaba prevista toda la distribución, los lugares destinados a las tiras, historietas o descripciones más extensas...”. El nombre se le debe al poeta Héctor Guillermo Villalobos, director de Educación Secundaria, la dirección se le confió a Rafael Rivero Oramas, su conductor durante casi 20 años y quien supo interpretar destino y arte en una conjunción admirable. ¿No era todo en deliberado milagro? El ideario de la revista se muestra en aquel primer número, citado en la memoranza de 1974, exaltación del país inaugural y fe en su renacer, la desamparada emoción regresando siempre cual argumento desnudo en medio del escenario pragmático. “Quizás hoy puedan parecer ingenuas esas declaraciones mías —se excusa Mijares—, pero corresponden a un estado de ánimo colectivo que había aparecido en Venezuela en 1936, y que duraba todavía. Nos parecía entonces que la patria iba a ser organizada a fondo, material y espiritualmente”.

Las políticas públicas de 1958 para acá ya terminan de ser vocacionalmente tecnócratas, son subsidiarias sólo del poder, no interrogan la ilustración y un creciente desprecio por el saber se instala en el acuerdo y sus acciones. Todo parece nacer con unas elecciones domingueras, los hitos de la formación de una civilidad dirigida por ese mismo Estado no parecen suficientes. La disidencia misma es incapaz de alimentarse de una herencia de conocimiento de lo social, sino cómo explicarse la insurgencia armada de la década del sesenta —resulta asombroso, cómo aquellos grupos que ya no eran montoneras llegaron a la conclusión de que era posible tomar el poder en un tiempo de consenso. Hoy parece insólito que alguien medianamente informado creyera posible el derrocamiento del gobierno de un Estado petrolero, poseedor de un ejército profesional y jerarquizado, y en la era de la sociedad de consumo. Desprecio de la tradición auscultadora y exceso de soberbia en días de apertura, poner el poder mecánico por encima de su configuración. Hagamos una concesión al gesto, no era acaso el alegato de los puros, la cosecha de la injusticia que justificaba a los sacrificados en la lucha previa, a los veneradores del pueblo. Era autosuficiencia, en todo caso, los animaba la misma autoridad que creían tener los caudillos que suceden a Guzmán Blanco, en un país de padrecitos y padrotes, pero en la era del socialismo redentor. No era pureza, era violencia resentida. Eso que la guerrilla le exigía a la democracia naciente no era lo mismo que los conspiradores de octubre de 1945 demandaban de la transición, aunque los movían las mismas emociones: la certidumbre de unos merecimientos.

Pero los octubristas sí se apoyan en la tradición explicativa de una sociedad. Y a menudo hemos dicho que durante ese período el país fue explorado, retratado en su dolencia, fijado en su inmóvil reclamo. Si la modernidad no caló en los intersticios civiles, más allá de la rutina de la compostura electoral, la modernización educó desde la dinámica de una economía subordinadora, prestigiosa a los ojos de los montunos, así constituyó consumidores y estimuló la demanda solvente, pero no estructuró ciudadanos ni veedores de la gran novedad política. La ascendencia de los predicadores también debía hacerse pedazos en medio de la negociación que los hombres de partido se imponían. Si en 1936 el programa de las Escuelas Normalistas tiene total consenso, y se va a buscar a Chile sus colaboradores, en 1958 las pequeñas vanidades del funcionariado dan el tono del día, los altos responsables son ya inalcanzables. Lo que ocurre con Briceño Iragorry diríamos que es ruin sino fuera trágico. La figura moral de la disidencia, el maestro de la venezolanidad, víctima de un atentado telegráfico de la dictadura, el hombre que ha ido a buscar en lo recóndito las razones del ser nacional, ya no tiene cabida en un orden donde el equilibrio de la distribución del poder se antepone a la emergencia, esa que viene desde 1936. En los primeros días de mayo de 1958 presenta ante el Ministerio respectivo su proyecto de la Universidad Obrera, esbozado más de diez años atrás, lo que conocemos de ese prospecto nos indica que se trataba de una institución remodeladora. El ministro autosuficiente, convencido de sus propios méritos para estar ahí, y seguramente pretencioso, cree que don Mario es un advenedizo que busca un cargo, echa en la primera gaveta los legajos del proyecto, pero incurre en el agravio supremo de ofrecerle un cargo como asesor literario de una agencia de publicidad del gobierno.

Existe un género de sociología rural, pues en propiedad lo es, fuera del canon, de circulación marginal, y que si ha sido consultado por las ciencias sociales académicas lo ha sido por mampuesto y sin atribuirle el crédito. La Constituyente de 1946 se ocupó (en su actualizadora totalización) de asegurar la asistencia médica del campo en un territorio vacío y que se aprestaba a revertir su demografía. Como nadie quería salir de la ciudad, el artículo 8 de la ley del ejercicio de la medicina estableció la pasantía rural de un año. En muchos casos el informe final se convirtió en memoria e inventario, esos médicos desarrollaron simpatías por las comunidades, en su mayoría caseríos desarticulados, y descubrieron para la observación pública una realidad estremecedora. Lo que inicialmente era relato epidemiológico, cuadro sanitario, datos de morbilidad, termina convertido en recuento y diagnóstico de la Venezuela que se está asomando a su drama del petróleo, cultura, economía, idiosincrasia se funden para dar el tipo humano de la novedad. En manos de estos médicos novatos,

principiantes atados a su fe, nunca antes tuvo la medicina su más preclara condición de ciencia antropológica. Acopio de flora y fauna, ecología y economía, observaciones del imaginario, hábitos arraigados de unos seres sin mayor idea de pertenencia o adscripción, esos libros son como la visión subterránea de un mundo que está siendo objeto y justificación de unas fuerzas de consenso y que sin embargo no saben bien con qué tratan. La pobreza en su alcance arropador, la sumisión de quienes han tenido la servidumbre por religión, parecen ser las enfermedades que ellos tratan, en cada caso hay una historia de horror, el desencanto y la apatía no es un agente menor.

Lo que esos informes descubren es el atraso convertido en culto, la entrega de una población que ha conciliado con la fatalidad, demografía indigente que pasará de la ignominia a la altanería sin haber evaluado justamente la dignidad. Si el sanitarismo de Gabaldón se hubiera aliado con estas confidencias, la sangre de los maláricos se habría fortalecido también con otras proteínas, aquellas que hacen de la desecación de los pantanos no una acción hidráulica sino civil, digamos. Dos de esos libros me son particularmente queridos, *Anaco* (1957), de Adolfo Ramírez y *Palmarejo* (1952), de Américo Negrette; el primero es también la crónica de la fundación del pueblo, en su gusto por lo panorámico el autor jalona su relato hasta los días del encuentro de los buscadores del rumbo y las compañías petroleras. Minucioso, hace del consultorio un oratorio de famélicos, los cura, los oye y en esa medida van consignando su requisitoria, son los insumos disponibles para construir los rasgos de una nueva voluntad pública. Como un nuevo Lisandro Alvarado, Ramírez sale del dispensario cuando cae la tarde, a tomar contacto con los alrededores, mide distancias, cuenta casas, inspecciona instalaciones, sigue la ruta de la distribución del agua —nauseabunda y plagadas de larvas, dice. Nos dejará el anticipo de los obreros que simulan dolencias para sacar provecho de las compañías, también el del incesto y la violencia sexual. Su descripción del matadero, un río de sangre putrefacta, no permite distinguir entre el matarife, cuartos traseros y compradores.

El de Negrette tal vez sea el informe pionero, modélico por su formato y aproximación, entusiasmó a los otros y hasta copiaron su estilo de organización de los datos. Más personal y menos obsesionado por la diversidad de la información, nos emociona por sus juicios y valoración del bullir, no se demora en el lenguaje clínico, determinado a apropiarse de la escena nos transmite la agonía sin fatalidad, aun cuando él mismo truena por la redención, sus seres mudos lo son por tímidos, y también porque saben que nadie los ayudará. Son los desheredados del petróleo, parias que vienen de un origen lejano, ignoran que aquél ha desatado unas fuerzas benéficas, y ellos serán el cuerpo de su comprobación, aunque para los filisteos sea el de su maldición. La aldea que Negrette encuentra a comienzos de 1950 no podía ser más representativa, a orillas del lago, frente a una urbe, Maracaibo, convertida en termómetro de los cambios, separada por ocho kilómetros, y como si fueran miles. Recelo y entrega marcan la relación de los montunos con el petróleo, y en medio anida la incomprensión, y ésta modelará las expectativas de uso y consumo, luego vendrá el resentimiento. Los casos clínicos ilustran todo un universo. El campesino atormentado por el zumbido en el oído, error del médico en el diagnóstico, insistencia del paciente y al final la rectificación y *mea culpa* del médico: encuentro casual en el *ferry boat* y la prueba, le enseña el insecto en la cajita de fósforo. Otro: la joven modelo de virtud, el pueblo la admira pero la vigila, el médico es concluyente, está embarazada, ella insiste que es virgen. Años después tuve la explicación de viva voz del propio Negrette, los ginecólogos lo llaman *coito vestibular*, cuanto secreto y olvidado no ocurre en un vestíbulo. Son el malentendido y la simulación que fructifica entre los celosos acosados por la novedad, ante la cual están desarmados, o peor aún, atados a los hábitos de la subordinación.

El predicador Ramírez recorre Parcelas de Anaco difundiendo higiene y las buenas nuevas que son las maneras de un país rico pero sin maneras. Su argumentación contra la roza, que tiene en la tala y la quema su santuario, va desde el efecto destructor sobre los nutrientes hasta la pérdida de agua del suelo, pero es respondida por el

sentido común del taciturno: el tractor cuesta diez mil bolívares y la caja de fósforo una locha. Cuando la abundancia sea la norma ellos seguirán quemando, bosques, gasolina, el empresariado predando con su diferencial de compra-venta, la sociedad del conocimiento será sólo un solipsismo de la vida privada. La relación de estos libros aporta insumos a una historia que no se ha escrito: la de las ciudades. Si la urbanización es hija dilecta del palpito del nuevo bienestar, las ciudades tienen en esa esperanza la razón de su eclosión, de su apoteosis; pero también tienen asegurado su fracaso.

Si al fatalismo del campo sucede la angustia de toda promesa, las muchedumbres convertirán la tentativa en un fin, aparece la marginalidad y se concilia con una pobreza dotada de desparpajo. En el bullir de un caserío, El Tigre, Anaco o La Concepción, evolucionan las maneras y hábitos dispuestos para emparejar con las ambiciones de la nueva riqueza. La escuela de felicidad apremia, los desarrapados van buscando el rumbo, y el éxito es el fruto de la astucia o de la fortuna, muy temprano el imaginario expulsa la épica pública de cuanto acontece y el venezolano se hace merodeador, adquiere el sentido del oportunista, responsabilidades colectivas y deberes ciudadanos no florecen al ritmo de aquella otra ansiedad. La diligencia pública de los acordados avanza sobre un fondo de sombras, máscaras y gestos componiendo un conjunto y apenas con un guion. Hábitos y actitudes se van sedimentando sobre las pulsiones del consumo y sin una emoción de alteridad capaz de generar adscripción, la incuria tiñe lo regular y los males para los que no hay sanitarismo se instalan en el tejido social. La acción directa de la inversión pública crea el espejismo de modernidad, los bienes públicos se afirman en el imaginario como una donación, la estabilidad política no pesa sobre la dinámica de un progreso fundado en la adquisición de enseres y servicios primarios.



Quiero poner al lado de estos médicos en su afán clínico desbordando el cuerpo enfermo, un nombre distinguido, el observador más concentrado de nuestro drama de la educación inocua. Sus libros pudieran tenerse como el testimonio de la Venezuela que inaugura en 1958, junto con otras alegrías, un discreto fervor por la escuela, esa que ha sido modelada, pensada y reordenada en aquel interregno epifánico de 1936-48. Ciertamente Briceño Iragorry hará honda ironía de cierto afán nominalista, y eso de “graduadas”, “periféricas”, “concentradas” no le parece sino puro afán de distinción burocrática. Orlando Albornoz tomará para sí desde los días iniciales de su vida académica la tarea de diagnosticar el alma de esa escuela, tal vez su primera denuncia sea esa de su banalidad formal.

Pero como buen abominador de los énfasis curriculares irá hasta el fondo de las ineficacias y hasta encontrarse con la escuela sin programa, hecha de sola rutina. La universidad será su vellocino de oro, tal vez suma de todos los errores que puede engendrar la indiferencia, será para él, hasta hoy, un objeto al que ha arrancado todos sus misterios, que el país no haya hecho de ellos siquiera un culto urbano, solo habla de su poca fe. Me interesa consignar en ese ajuste los ecos de un epílogo que Albornoz emplaza como todo un capítulo en su libro *La familia y la educación del venezolano* (1984). Son escasas tres páginas, cuya extrañeza retumba en un prospecto de docencia y aprendizaje, “Aprender a envejecer, aprender a morir” no es una predica, apenas se propone como una alusión, y nos dice que nacemos para morir como sujeto social, y eso debemos llegar a ser, lo demás es solo corrupción de la materia. Así como Briceño Iragorry habla de “la falsa estimativa de la igualdad”, Albornoz nos estaría hablando de la una equívoca estimación de la juventud, característica de una sociedad como la nuestra, desechadora de cuanto exige tiempo de madurez. Morir es estigmático, casi vergonzoso en un medio donde se asocia juventud con éxito y aquella parece ser la única virtud que modela el ser social. Así dirá “...si el nacimiento marca como pauta el nivel social, de clase social, del hogar donde se nace, de los padres, la muerte diseña el lugar que llegamos a tener en la vida, ella orienta los patrones de la organización y la ubicación

individual y de clase del individuo”. Cómo no podría tener un claro lugar en el destino de la formación, de la preparación del individuo para realizarse en el seno de su herencia societaria. Pero en el caso venezolano, esa lejanía es casi una huida, pues una definición a priori la consagra optimista, jovial y toda patología se rechaza con asco, aun cuando una peste arrasase a los venezolanos de esta generación: la tasa de mortalidad en la población de 12-35 años signa la estadística, y en un país cuya tasa de homicidios es cercana a 100/100.000. Pero un estilo reilón domina la perspectiva de la tragedia, lo solemne también es objeto de recelo y burla, deviene anacrónico en un tiempo de banalidad. “Un país y una sociedad ‘chévere’ como la nuestra, entonces omite hablar de enfermedad y de muerte. Por ello aprender a envejecer y aprender a morir son absolutos irreconciliables en Venezuela”.

La educación, ciertamente, produjo una clase media casi por generación espontánea, pero se expresó en el solo impacto inercial de profesionalización y consumo. Pero si ese fuera su destino más le valdría llegar solo hasta el educando Mujiquita, el bachiller amanuense de gamonales y jefes civiles.

La educación está obligada a producir paradigmas de convivencia de largo alcance, a modelar los hábitos que deberán darle vida al acuerdo, en este caso los supuestos de la democracia contenida en una constitución, la de 1961. Pero al parecer aquí se alfabetizó a la gente para conseguir empleo y poder votar, la consecuencia previsible estuvo a la orden del día: profesionales carentes de compromiso social y electores domingueros. La sociedad no desarrolló hábitos para entenderse con el bienestar, pues siempre se le dijo que aquel era una vieja deuda, algo a lo que tenía derecho pues había sido robada, estafada en el curso de su proceso, digamos.

De dónde sale la convicción de los bienes gratuitos entre la pobrecía de hoy, el sentido de revancha en los grupos que reivindicán la promesa chavista, qué fue de esa Caracas elogiada como la más promisoría capital de América Latina en los ochenta, a dónde fueron esos estudiantes universitarios que representaron la venerada masificación —y sin embargo nunca fue tenida como un logro por la misma izquierda universitaria.

Había un referente importante para desconfiar de la retaliación y el justiciliasmo callejero: la educación misma como instrumento de ascenso social y el concluyente ejemplo del Estado constructor, por donde se lo mire eficiente (1936-48). Pero las masas no vieron en esa dirección, se aferraron al fetichismo electoral y la aclamación como si estos fueran mecanismos mágicos, la democracia terminó siendo una práctica fetichista, vaciada de conductas responsables y pulsiones creadoras. Si se trataba de erradicar la pobreza y su escándalo moral se ha debido avanzar (tras la recuperación del cuerpo enfermo) en el encarecimiento de un modelo de bienestar que ya tenía unos heraldos, los nuevos sectores liberados de la angustia de sobrevivir al día.

Pero la clase media, salida de un ejercicio exitoso de sanación, no está en la tradición de la pobreza; ella no entendió sus responsabilidades y al confundir su origen se dedicó a ostentar su bienestar, en un estilo por lo demás muy doméstico, provinciano. En el fondo ese concepto de bienestar, alimentado solo de expectativas económicas, estaba y está en cuestión. Una descripción sumaria sería esta: tres carros en el garaje, televisores en todos los cuartos, la nevera full y el santoral de los quince años. Al carecer de genealogía sus símbolos eran precarios, pero debía construirlos, desde la educación y la herencia societaria de la cultura nacional, y no con las adquisiciones del dinero. Fortaleció lo inestable, lo que podía ser arrebatado, disuelto por las crisis materiales del subdesarrollo y desdeñó lo santificador referencial, aquello que debía ser interrogado como espíritu tutelar. Se me dirá que hago cargos inconvenientes en momentos de agonía: justamente me interesa explorar las fuentes de esa agonía. Toda enmienda comienza por la mea culpa.

No es raro que un estudiante universitario de décimo semestre de Comunicación Social no sepa quién es Teresa de la Parra o que nunca haya visto u oído el nombre de Juan Liscano, por ejemplo. Así que ese concepto dejaba mucho que desear. Porque, además, de él estaban desterrados condicionantes como estabilidad política, sociedad del conocimiento, Estado de Derecho. No resulta asombroso que el país haya llegado a conciliar con las maneras de una sociedad premoderna, se conduce sin mayores traumas en ausencia de ese Estado de Derecho, consagró el sector terciario (mercancías y servicios) como lo real, la escuela llegó a ser un protocolo fraudulento y nadie se escandaliza, y espantos como una tasa de homicidios cercana a 100/100.000 o la de natalidad entre adolescentes de alrededor de 35%, no parecen asustar a nadie.



Juan Liscano

Entonces, ejemplos de sentido común no han faltado. Habría que hacerle cargos a ese imaginario social cargado de imágenes vanas, oportunismo y sinrazón. Tenemos una sociedad consumista y marginal, y esto no es único de Venezuela, lo excepcional es que hemos contado con los recursos y los momentos para rechazar esa elección, fundamos las claves de resarcimiento desde paradigmas económicos, entendimos economía como consumo.

El Estado se hipertrofia desde ejercicios de gobierno inmediatistas y providenciales, se erosiona el espacio de mediación y la discrecionalidad termina siendo no sólo práctica del poder constituido, también de los ciudadanos que sólo reivindican derechos, y para quienes los deberes son una debilidad de tontos. Y sin embargo, el alcance de ese Estado, su eficacia en la difícil tarea de configurar lo público, ya no desde la retención del poder sino en lo funcional, no hubiera sido posible sin una centralización pensada para evitar la dispersión; si nunca hubo supervisores de los intereses que éste ejecutaba, esto sería un cargo para la sociedad civil que estaba configurándose. Fuera de esa administración focalizada sobre las urgencias y de mínima mediación no había ninguna posibilidad de éxito, el ingreso petrolero que se asume como presupuesto nacional impacta directamente la funcionalidad de las demandas. La tentación dispersora aparece al final del sosiego, algunos hombres de la Constituyente de 1946 se planteó un federalismo histórico que ha podido resultar catastrófico, Caldera, el más conspicuo, defendía la tesis de la elección popular de los gobernadores de estado, pero el resto de los partidos también, aunque en un estilo precavido. Y no me imagino lo que esto hubiera significado para un país que requería acometer obras de infraestructura que ningún gobierno local, hasta el día de hoy, estaba en capacidad de ejecutar. Betancourt, sibilino y práctico, argumentó contra la autonomía política de resonancias caudillescas, e impuso la ascendencia del situado constitucional. Las herramientas fueron creadas, una por una, desde la atención directa del cuerpo lesionado hasta la legislación susceptible de integrar aquella población

desvalida en un protocolo de deberes y derechos; al ejercicio administrativo por decretos dio paso a la creación de leyes que amparaban la institucionalidad. La hazaña de Guzmán Blanco consistió en anular a los caudillos sin enfrentarlos, su sentido de la centralización se alimenta de la idea de nación y logra insuflarla en los jefes regionales, en la era del petróleo resultaba inaudita una dispersión, cuando era imperativo potenciar la creciente riqueza fiscal. Pero el federalismo retórico, emotivo, podía ser un pantano sin fondo en momentos cuando se trataba casi de refundar el país, y para eso era preciso fortalecer cierta institucionalidad discrecional capaz de representar más que una diversidad histórica una modernización societaria. De todos modos el fin forense de los caudillos puede ubicarse justamente en 1944, en una de las intentonas tibias contra Medina. Desde Trujillo, un grupo de doctores y comerciantes prósperos le envía un telegrama donde le dicen, halagando su propia lealtad, que ellos le responden por el estado. La réplica de Medina supone ya el rotundo deslinde de lo institucional: “Por Trujillo me responden las Fuerzas Armadas”.



Rómulo Betancourt

De gerente y tal vez grave administrador de la riqueza social, ese Estado pasó a generador de un estilo de conducción, y esto ya no era su tarea, fundado en la inversión neta, luego se hizo clientelar, y ya en la era tutorial, al sustentar su vocación, se hizo populista y demagogo; en esa misma medida su eficacia gerencial disminuía. “Asalto a la modernidad” llama Elizabeth Tinoco ese período (1936-48), en su libro dedicado ordenar la continuidad de la gestión de un Estado desvelado por la urgencia de unas tareas, la calificación parece excesiva, y sin embargo el contraste con lo precedente sino ajusta el sentido, al menos le hace justicia. Tuvimos, quizás sin saberlo, la mayor presencia de la sociedad del conocimiento en las tareas de organización pública. La conciencia de estar tratando con unas estructuras frágiles, y la misma naturaleza de la fuente del poder (el fracaso lo era de unos individuos, aún la abstracción de una democracia de masas no podía ser invocada para excusarse), debían marcar la ética de quienes habían sido (y ahora funcionarios) espectadores del gomecismo como una era de minoridad ciudadana y vergüenza. Me he preguntado siempre qué impulso lleva a ese Estado a traspasar el territorio de la asistencia social y convertirse en gestor directo de otras tareas. Haber dotado de servicios e instituciones a los nuevos actores, garantizado la sanidad misma para una concurrencia civil que se aprestaba a otras experiencias distintas a la servidumbre, afirmado el territorio urbano en medio de las exigencias de consumidores y electores. En suma, haber reconstituido el estado de derecho, esto ya era una hazaña que estabilizaba un mundo emergiendo de un horizonte borroso. Ante esta vocación eficiente, al margen de toda mala conciencia, se extendía lo público protector como un manto asegurando el paso por el camino, y

ya era suficiente. Pero emerge la tentación arropadora, la tuición excesiva, palparlo todo, un ansia de ubicuidad para la cual nada puede andar por su cuenta, ese inmiscuirse del patriarca en la soledad y el reposo, la necesidad de la mirada de los agradecidos, el mesianismo salido de la sobrestimación de lo público, aunque no de su valoración. El Estado requisador de los caudillos y montoneras, el mismo que confiscaba reses y casas, y que crea una compañía de crédito cuyos socios son los comerciantes de Caracas, el mismo que expolia a los judíos de Coro en los días de Falcón. En la era del petróleo quiere mostrarse interventor y dispendioso, y quizás en un raptó de dudosa mea culpa indemnizar a los distraídos y bodegueros. En ningún caso podía dedicarse a financiar el aparato productivo, pero lo hizo con puntualidad, las consecuencias no se reflejaron tanto en la contabilidad como en el aleccionamiento de consumidores y productores: los bienes se intercambian, no se crean. El equívoco entre amparo y tutelaje ha modelado la relación del Estado con la sociedad, se empieza por lo primero y al asentarse como estilo personalista liquida toda posibilidad de mediación representada en lo institucional. Vallenilla Lanz, en su concluyente *Disgregación e integración* (1930), pone junto al mecanismo de destruir para crear, la negación de la tradición como programa de toda remodelación. La tradición es el horizonte de fondo que acoge el aliento de unos hábitos y el inconsciente consenso, los elementos que dan estabilidad en medio de una dinámica y sus pulsiones, desconocerla es improvisar y presumir, empezar cíclicamente desde cero en una acción soberbia y suicida. Esto ha ocurrido en Venezuela ante la expectación impasible de la población con especial furor desde 1998, con la llegada del llamado chavismo. “Obsérvese además que cada generación, cada partido, cada revolución, no abrigó nunca otro propósito sino el de *destruir* para *crear*. La tradición era completamente desconocida...” Construir con la novedad, pero desde el espíritu de la tradición, es la única manera de evitar la novelería. Y si decimos que el punto de partida es el inmediato postgomecismo, es solo para combatir la demagogia que hace continuar titubeos y defecciones de una comunidad en un pasado justificacionista —sitúa las culpas en un horizonte fuera de alcance, no sólo de un inconsciente colectivo, también de la inmediata memoria. En este punto debemos preguntarnos por una elección que no es posible rastrear en Memoria alguna, y menos que una elección parece un abandono, entregarse en brazos de lo providencial, en una desestimación de las fuerzas caóticas dinamizando la tremenda impersonalidad de lo público. En posesión de aquellos recursos y en la concurrencia de circunstancias que resultaban inéditas en la vida venezolana, ante un prospecto de ventura, se optó por el azar y el descuido.

Pero quiénes fracasaron, qué se perdió de vista en el largo tiempo de la enmienda. En el trasfondo de unos actores demasiado recortados contra el horizonte, en el exceso de protocolos y actas, planes quinquenales y escenas congeladas en óleos cuarteados, algo se oculta, que no se quiere dejar ver, o que no queremos ver. El poder público ha tenido en Venezuela un defecto capital: ha sobredimensionado la sociedad material, cuando éramos un país sin recursos, y ha subestimado la cultura política cuando fuimos una economía petrolera. En los días del 18 de Octubre de 1945 todavía había en las filas del ejército generales semiletrados y analfabetas, dice Valmore Rodríguez. Qué los sostenía allí, en un tiempo avanzado de la reconstitución, sino una frágil institucionalidad de origen todavía patriarcal; charreteras, galones y soles no tenían, como no lo tienen hoy, un equivalente en la complejidad formal de la sociedad y sus instituciones, bastaban sargentos y cabos, podríamos decir. Pero la representación civil de lo intelectual si sostuvo y dio cuenta de aquella complejidad, a riesgo de ceder a la magnificación me atrevo a decir que aquella generación del postgomecismo estuvo a la altura, y, salvando las distancias, en su función resultó comparable a la de la Emancipación. No fracasaron pues ni el Proyecto Nacional del guzmancismo, ni el “Programa de Febrero”, no fracasó la enmienda educativa, no fracasó la modernización. No fracasó el Estado, ni mucho menos dilapidamos el petróleo: fracasaron las élites. Y una constatación ameritaría una cuidadosa revisión de la vida programática de la sociedad civil venezolana, casi una auditoría. El empresariado se dedicó a tratar con consumidores antes que con ciudadanos, hizo su capital social desde el prestigio de bodegueros prósperos, y al amparo del Estado benefactor. Maestros e ideólogos de la pedagogía fueron dominados por la tentación de la burocracia. La clase política ha servido más a sus organizaciones que a las instituciones, los funcionarios (desde el presidente hasta el alcalde) se dedicaron a

cuidar la gestión y a promocionarse —la primera tarea que encarga un gobernante en Venezuela es sustituir los retratos de su predecesor que inundan el estado, el municipio o el país. La iglesia cuando es beligerante sólo es clerical, se disgusta con los gobiernos casi por razones personales, nunca ha predicado virtudes funcionales en los trances de renovación, lo que no sería poca cosa desde su importante ascendencia cultural, y casi sentimental, sobre las masas. Los intelectuales, quizás la élite más argumental pero sin duda la de menos ascendencia y frágil como corporación, ha visto con excesiva benevolencia el poder, se han asumido igualmente como clientes y no como denostadores. Si la excepción de una generación confirma la regla, solo prueba que cuando ese poder convoca a la sociedad del conocimiento es porque se apresta a estructurarse para retenerlo, y cuando el prestigio de ese saber no descansa en estilos profesionalizantes.

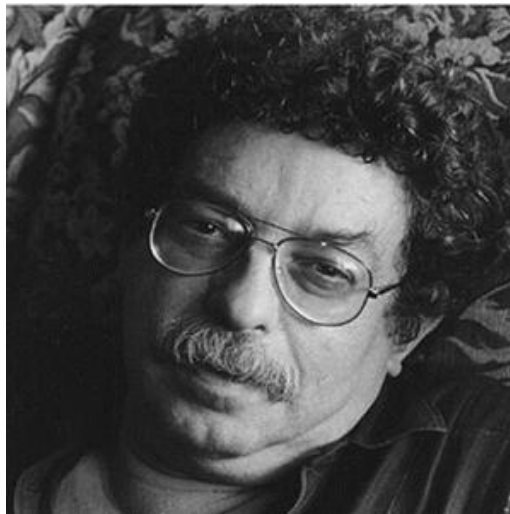


Ángel Lombardi

“Perecimos por comodidad”, ha dicho Ángel Lombardi cuando encara este panorama —del fracaso en condiciones óptimas— y la valoración persuade; es sobre todo adjetivadora. *Perecer* no es morir, tampoco desaparecer, es más bien fracasar en un sentido de proyecto; en cuanto al sustantivo comodidad, es un estado, no una condición, pausa aletargadora hecha conciliación ante el futuro inescrutable. Lleva a poner el acento en lo inercial, el futuro como riesgo y proyecto no existe en esta expectativa, puramente mecánica, de ella está ausente todo sentido prefigurador, sin expectación trágica. En un ánimo de semejante naturaleza los paradigmas se nos imponen, no los ejecutamos, somos objetos de la historia y no agentes, mucho menos sujetos. No perece por comodidad quien desfallece, allí hay agonía, lucha; como no ha sido consumido por la irresolución, puede volver desde su derrota o abatimiento. La comodidad es una incapacidad de reaccionar, una forma de modorra alimentada de autocomplacencia, de lo provisional y el mientras tanto. El pueblo dolido, sujeto y afán de unos redentores, puede mostrarse en primer plano, disputando una épica de vagas justicias y voraces reivindicaciones, pero la sociedad que delega, posponiendo permanentemente sus traumas, marchando desde lo irregular mientras agota el día sin amanecer, es, ciertamente, la imagen patética de esa comodidad que extingue sin matar.

Cómo contrasta el afán tecnócrata del perezjimenismo con el espíritu indagador de aquellos hombres intérpretes de los hábitos de una comunidad, nueva para el programa redentor del petróleo. La imagen del pueblo que requiere ser curado y aleccionado a la vez, de la nación urgida de fundar sus instituciones, no de decretarlas, los moviliza en una certeza agónica del tiempo que se escapa. La riqueza para ellos corresponde a un segundo momento de ese acto de fuerza, pasa por un concepto de bienestar fecundado por el solaz material, pero sobre todo por la educación y la civilidad. En cambio, el espectáculo del nacionalismo de charreteras se nutre del oropel de una modernización afincada en expulsar tanto unas maneras decorosas, austeras, y barrer el antiguo paisaje. Se igualan así las manías urbanísticas del perezjimenismo y las sustituciones y enmiendas del chavismo, aquel confunde el cemento y los cortes de cinta con la sanidad administrativa, éste va un poco más

allá y borra símbolos, renombra calles y resitúa efemérides, forja figuras de la historia y las consagra en nuevos rituales mientras expulsa otras, cambia el nombre del país y tuerce el rumbo del sol retrasando en media hora el día para hacerlo siempre joven. De fondo parece obrar un miedo a reconocerse, quizás a descubrir que nada nos sujeta a unos procesos vistos ajenos, no saber de dónde venimos, vacío este que al juntarse con la soberbia de los benditos (del petróleo, del igualitarismo, de los sin racismo) engendra gestos pomposos y luego bárbaros. José Ignacio Cabrujas nos ha dejado una imagen del desarraigo, digna al menos del neorrealismo fílmico, esa del adolescente espectador de la demolición del hotel “Majestic”, de Caracas. La gente se reunió para observar aquel espectáculo como si se tratara de un día festivo, en un momento dado, dice, empezaron a corear el bamboleo de la bola de acero, y cuando impactaba contra la estructura estallaban en un aplauso áspero, estridente. “El aplauso fue unánime y emocionado. Era como si nos encontráramos a nosotros mismos en un gesto colectivo que iniciaba una esperanza, y mentiría si digo que alguien expresó una emoción”. Se trata de una emoción alelada —cataléptica— por la destrucción, esperanza y destrucción están así atados en una expectación incapaz de reparar en sus fines, sus reales tensiones, tal y como la de los locos. “Recuerdo el sonido de aquella bola, quebrando las paredes ante el maravillado júbilo de centenares de caraqueños...”



José Ignacio Cabrujas

Pero si lo público modela, trocado en Estado docente, las demandas de la población se hacían desde una condición que no debe perderse de vista, porque con frecuencia se las ha reducido a sus carencias materiales, a la *pobrecitud* en su aura franciscana. Hay un desconocimiento e identificación de la riqueza antes que económico, moral, nadie se preguntará de dónde sale, cuál es su origen constitutivo; y así habrá más apetitos que deseos. Nociones principistas como trabajo, justicia, conocimiento, nunca estuvieron claramente perfiladas en un imaginario forjado en la percepción fantasiosa o desvaída de los procesos y fuente de aquel bienestar. Datos fidedignos confirman que los pacientes de aquellos primeros Hospitales generales escamoteaban la lencería, cincuenta años después esto seguiría ocurriendo. En 1944 el presidente Medina Angarita indulta a un conocido hampón, “Petróleo Crudo”, cuyas andanzas eran seguidas por los lectores de periódico como si se tratara de un héroe, pero aquel símbolo de la bonhomía va más allá, y en un gesto que es un rapto de insensatez apadrina la boda del criminal. Cuando pienso que estos gestos reaparecen a lo largo de una línea y en disímiles tiempos, presiento en las sombras algo inquietante y que escapa a las categorizaciones. Sesenta años después, otro presidente aleccionará con un propósito quizás indefinible, pero aterrador, y dirá desde su posición del Estado docente que robar no es malo si se tiene hambre, también se dirigirá a su esposa en medio de una de sus alocuciones y le espetará “preparate, que esta noche te doy lo tuyo”, todos rieron, ella, él, los circunstantes, el país entero. Qué iguala en el minuto agónico a dos personalidades tan abismales y diría que de distinta naturaleza: uno, sumido en su orgía de irresponsable personalismo, el otro, obrando desde la enmienda y en un

claro sentido de emociones cívicas. La avanzada que en los años finales del gomecismo se instala en los cerros de Caracas no está aún movilizada por la dinámica del petróleo, han llegado de un mundo que hará de la pobreza ya no una condición sino un estilo de implantación, prende con fertilidad y ejecutará sus propias maneras de apropiarse el entorno, ser uno con él y quedarán listos para los siguientes 50 años de reafirmación: improvisación, queja, informalidad, escaso sentido de adscripción a una herencia social. La relación jurídica con el espacio no existe en esta saga de movilización y derecho consuetudinario. En Venezuela la propiedad inmueble no se adquiere, se la apropia mediante el uso, ocurre con la tierra ejida del campo vacío, y esto continúa en la ciudad en el inédito procedimiento de las invasiones consolidando barrios, pero mucho más que eso. Se legitima una manera de apropiación mediante la ocupación, sin propiedad, al margen de todo entendimiento con los mecanismos de fundación, de la riqueza, del bienestar, de la vida ciudadana. He acordado que los hitos ya no podrán justificar, salvar o condenar a ese pueblo. Pero lo atávico reaparece como si fuera parte de una naturaleza; aquello que Briceño Iragorry llamó “desagregación mental” podría describirse como conciliación de un pueblo con afectos que lo martirizan. Un presidente no puede fotografiarse con un hampón, pues estaría descalificando el acuerdo social, pero tiene un efecto mucho más grave, crea un límite vago entre el crimen y la virtud, entre el bien y el mal. Pero aun ante la modelación benéfica ese pueblo opta por la duda y nada saca de la inmersión en el espectáculo de un Estado laborioso, higiénico, mostrándose en su eficiencia de padre hacendoso. Para para él la referencia de virtud y éxito no están representados en la saga pública de unas instituciones, sino en la gestión personal de comerciantes y capitanes de empresa. Sus héroes están en el sector terciario, entre contadores y sumadores de altos beneficios, realizadores de mercancía que exhiben sus fatuas quincallas, riqueza será así acopiar para el consumo, ostentar para el uso de una representación vacía. Tener la nevera llena y televisores en cada lugar de la casa, aunque no haya educación solvente ni estabilidad política, farmacias aunque no haya hospitales. En Venezuela todos quieren tener su sociedad anónima, su tarantín, usufructuar el legado de una conquista civil como si aquello fuera un hecho inercial; el *etat du droit* no es sino un asuntillo de registro mercantil, constancias firmadas y selladas, registros y papelería forense.

Sin pausa, hasta hoy, esa clase de muecas aleccionadoras de los expectantes, se repiten en una acción de consecuencias devastadoras, modulan y modelan la conducta, disponen para los momentos cuando el orden tambalea, y son un poderoso reflejo psíquico cuando las referencias faltan. Ese prospecto de bienestar asumía un legado para ser revisado y enmendado, los aspectos públicos de la gerencia del poder, en posesión de un esquema adelantan una práctica que debía ser restauradora de la normalidad; pero asumió también una condición de aquella sociedad herida, la de una entidad sin segundas intenciones. Había un diagnóstico previo y éste justificaba el poder discrecional, y sin embargo incorporaba los efectos de lo inercial, la comunidad desmovilizada, era y sigue siendo el mayor riesgo: las tendencias disgregativas. Reconocidas por Vallenilla en sus estudios de la formación social, no es que autorizaran al César democrático sino que desarticulan los mecanismos de supervisión de la herencia societaria. Y cuando el acuerdo tiene al Estado como centro esto resultaba inconveniente, pero hay más, se trata de un agente económico que se convirtió en distribuidor de la riqueza, no en garante del Estado de Derecho, pues éste se redujo a asistencialismo, y esto vulneró su desarrollo, cuyo escenario no es la economía. Cómo, a su vez, se ha podido ser tan poco precavido con el objeto de su enmienda, no se examinó ni los hábitos ni las pulsiones de los expectantes. En aquellos días el gobierno de López Contreras encarga una investigación del estado de la economía, va desde lo tributario y arancelario hasta los precios al detal, es el famoso Informe de la Comisión Fox (1939), grupo de norteamericanos enviados por el Departamento de Estado de USA. Los datos tienen un puro valor de verificación y el mayor hallazgo es ese de la fuerza de trabajo debilitada por la desnutrición. El diagnóstico es sobre todo de valoración técnica del estado del comercio y consumo y asume el sector terciario como escenario probatorio de los desarreglos del resto de la actividad económica. Las conclusiones se publican en las ediciones del Magisterio en 1942, el volumen trae un “prólogo crítico” de Rómulo Betancourt, y parece tener el encargo de la disensión ideológica pero también

del consenso y acuerdo ante el carácter científico del procedimiento. Lo que el Informe descubre no es una novedad pero enfatiza de una manera drástica el peso mortal de las condiciones de los trabajadores, y de la población general, en el avance y desarrollo que el país pretende. En una economía de importación de bienes básicos, salarios bajos y tarifas altas de los productos de consumo popular resultan inciden en el alto costo de la vida; en cambio, el consumo ostentoso de la pequeña clase pudiente está casi liberado de aranceles. El Informe de la Misión comparte con el “Programa de Febrero” la omisión del petróleo en cuanto agente movilizador de la vida pública, y es un cargo que le hace Betancourt. En esa fecha avanzada el Estado aún no percibe su emergente dinámica desde el efecto de la inversión a gran escala de la renta, son los actores de la actividad política quienes calibran antes la tremenda significación de la riqueza monetaria traída por el petróleo. Ya ese Estado es un botín, pero esta codicia no se expresa de inmediato en corrupción, podría decirse que ese período es un tiempo de funcionarios básicamente honestos. El juicio de “residencia” que, tras el golpe de octubre de 1945, los adecos promueven contra Uslar Pietri era sobre todo una manera de signar en un ideólogo del gobierno depuesto identidades clasistas: ricos e intelectuales son culpables de las malas mañas de los gobernantes.

Pero esos desnutridos tienen una biografía donde lo determinante no es la dieta de carbohidratos y tampoco el remoto sistema de la encomienda. Se atendieron sus reivindicaciones, pero no se los observó en la intimidad de sus posibilidades y capacidades. Ensayos de demografía cultural como “Los Andes pacíficos” (1952), de Picón Salas, o la invaluable serie contenida en *Latitud y longitud* (1966), de Augusto Mijares, representan un esfuerzo de caracterización hecho al margen de las urgencias y las tensiones demagógicas. No diremos que aquellos pensadores trocados en funcionarios no fueron consecuentes con sus conclusiones, ellos representaban la sociedad del conocimiento y nada más, las decisiones respondían a otra racionalidad, la de la retención del poder. Quizás solo en los días de Sarmiento ambas exigencias, conocimiento y poder, se encontraron en una síntesis práctica. En el caso venezolano, la modernización no se apoyó en el conocimiento de una identidad en buena medida expuesta en una ensayística casi obsesionada por la venezolanidad. Elijamos un escenario paradigmático para echar un vistazo: la escuela. La nómina de ministros y Directores nos autoriza para dejar fuera de toda duda su competencia e ilustración, Uslar Pietri, Prieto Figueroa, Augusto Mijares, Alejandro Fuenmayor, Rafael Vegas, Rómulo Gallegos. Esa escuela se concentró en comedores y cartillas de alfabetización, resguardó la infancia de la atrofia y el desencanto, pero no alcanzó a remodelar las emociones de la pobreza, diría que ni siquiera estudió esa pobreza para entenderla en su diferencialidad local y descubrirla como todo un perfil cultural más que como un sistema de carencias; no avanzó en la creación de los arquetipos de las nuevas relaciones, liquidadoras del gamonalismo. En la era de la democracia, de los frutos callejeros del petróleo, esa escuela desfalleció, embebida de rutina y burocracia pronto se hizo profesionalizante y tecnócrata. Atrás quedaban las fragancias de la revista “Tricolor” y las requisitorias de Mario Briceño Iragorry que pedía, frente a los gerentes de despacho y *ejecútese*, más saber y menos resumen, más socialización y menos protocolo; arte y cultura y menos diplomas y certificados. En suma, más garantías de que esa escuela sería capaz de reproducir un modelo solvente de sociedad.

Y sin embargo, cuánto debemos a la gestión de esos hombres entregados a la salvación de aquello que debía ser, cuyo precario equilibrio requería luego más de buena fe que de presupuestos. Fatalmente, prevaleció una orientación burocrática en el esfuerzo docente, instalaciones y bullicio dieron el tono del día y se confundieron los programas, el *pensum* con la función que, como indicó Picón Salas, no es técnica. Hasta hoy esa escuela no ha hecho mejores ciudadanos, sino competidores más aptos, en el mejor de los casos; se confundió el espíritu de entendimiento con profesionalización. El destino de la formación se asoció con la distinción del individuo en una feria de vanidades, cuando ha debido ponérselo en relación con aquello que estaba naciendo: las responsabilidades de la gens y lo público como percepción y apropiación. Por delante se puso el país y sus masas

ancladas en las solas expectativas de reivindicación económica en términos asistencialistas. El ensayo de la venezolanidad había hecho un diagnóstico estimable: lo civil gregario, sus instintos primarios. La apertura de 1936 no era solo certeza de que el país se extingue sino se desacata el gomecismo, es la intuición de los recursos de la sociedad del conocimiento ante las tareas de reformular la dinámica del poder en una democratización en escorzo. La sociedad del consenso es sólo un proyecto, pero pronto adquiere un rostro mediante reglas del juego y procedimientos (leyes e instituciones ejecutivas), y más tarde ordenamiento constitucional. Las masas adquirieron conciencia del Estado benefactor sin entender nunca la gestión simbiótica necesaria para la articulación del nuevo formato del poder, que debía desplazarse desde la pura fuerza hacia la conciliación, las demandas ya no podían ser una exigencia inercial, debían suponer corresponsabilidad ante la novedad: presencia de una comunidad en trance de reconocerse como actor. Seguramente en esta poca aptitud para integrarse a la expectativa de lo público mucho tiene que ver esa separación entre tiempo y dinámica característica de la vida venezolana, el “aguante” ha llamado el mismo Picón Salas la consecuencia de esa capacidad de resistir el deterioro, y en una inmovilidad asfixiante. En su *Regreso de tres mundos* (1959), ejemplifica y signa cuando establece un parangón entre dos fechas en las cuales median 27 años, la uniformidad impuesta a una nación cuyos hábitos simples conciliaban con la el gesto intemporal del dominador. “Porque lo terrible de esos *gamonalismos* —que no cesarismos— tropicales es que las gentes se habitúan a vivir fuera del cambio histórico; el mes de diciembre de 1935 en que murió Gómez aún se parecía al otro lejano diciembre de 1908 en que asaltó el poder, y lo que comenzó siendo anormal y monstruoso termina regularizándose y se confunde con el ciclo cósmico de las estaciones, las sequías y los chubascos”. La cita larga desborda el objeto que la promueve y termina siendo una perturbadora advertencia de las constantes de una sociedad, recordatorio de su tendencia a concertar con las salidas fáciles, a habituarse al peso del día.



Pero hay un contraste adicional, y quizás más interesante en la mirada del sociólogo tratando de dar con fuerzas y categorías de largo alcance, afán constante de Picón Salas. Desliza una comparación entre cesarismo y gamonalismo que no podría pasar inadvertida, resulta fecunda para entender el proceso venezolano del poder público y las veleidades ciudadanas; ese cesarismo citado como voz interpuesta quiere ser enmendado por el observador de la venezolanidad. Sin duda está pensando en el uso que se le da en un libro de contrapunto, *Cesarismo democrático*, de Laureano Vallenilla Lanz, a la prestigiosa denominación opone gamonalismo, y en un intento no tanto de corrección formal como de aporte a la comprensión del fenómeno del poder personalista en una sociedad rural como la Venezuela de Gómez.

Si el cesarismo se caracteriza por la discrecionalidad de un régimen que atrincherado en un fuerte aparato estatal se hace autónomo frente a la sociedad (para resguardarla de sus propias tendencias disgregadoras, según el esquema vallenilliano), Gómez ya no representa el César, es otro tipo. El César histórico del libro es Páez, no podría serlo ningún caudillo de entresiglo, y ese capítulo está escrito ya en 1911, cuando el gomecismo aún no existe como tendencia. Que los denostadores de LVL hayan insistido en ver uno donde estaba el otro es un asunto digno de ventilarse en una historia intelectual. El término *gamonalismo*, en cambio, es todo un concepto de amplio registro en la cultura latinoamericana (aunque poco estudiado y más bien desdeñado por las ciencias sociales) y Picón Salas, consecuente elaborador de objetos, lo antepone para hacer luz en la

explicación de una estructura de dominación cuyos flujos son raigales, y en esa medida de operadores poco institucionales, desgajados de lo público. “Vivir fuera del cambio histórico”, más que una constatación sociológica es toda una sanción, casi juicio moral. Esa incapacidad de retener el sentido dimensional del acuerdo institucional, integrarlo a la experiencia societaria como instrumento orgánico que se imponga como marca indeleble en lo legislativo, no es acaso el peso de un *ritornello* donde lo histórico no alcanza a ser sustrato civil y queda disuelto en la pura memoria referencial de geografía o sucesos naturales. Así regresará siempre como falsa novedad, entidad mesiánica o peor aún como fantasma sometedor. Y tal vez sea este el condicionante que pueda explicar el desmantelamiento de una nación, el estado de destrucción que se vive hoy en Venezuela (2016) y cuyo inicio se puede fechar con precisión en 1998, y un día de algarabía cualquiera, casi festivo y como celebrando un equinoccio o la llegada de las lluvias.



A las puertas de 1936 estaba la herencia más dramática de la cultura de masas: democracia de la uniformidad y diversidad antagónica. El país no solo no se preparó para estas constantes, en esencia tensiones creadoras, sino que receló de la norma e hizo de la diversidad un conflicto para el intercambio. El venezolano fantasmal que emerge tras el fin del gomecismo nada tiene que ofrecer en un escenario donde era urgente replantear las relaciones grupales, ya no desde la distribución de la riqueza sino desde su definición misma: cómo el concepto de bienestar, por ejemplo, entronca con su generación en términos de aptitud de los grupos — ciudadanía como capacitación moral, profesionalización como reflejo de la sociedad del conocimiento.

Se capacitó como sujeto económico, pero hizo descansar su actualización política en una práctica mucho menos uniforme y efectiva que el circuito del consumo: partidos corporativos, estructurados como gestores de reivindicaciones, pero sin exigencias estables, que fueran consecuentes con las transformaciones en puerta. Alentaron desde muy temprano sentimientos de reclamo, fueron creados para la negociación y al servicio de la administración del Estado, para el entendimiento entre los grupos, y no como expresión de un acuerdo societario. Fe en lo electoral y la aclamación, la democracia financiada susceptible de suspensión, en el fondo de aliento patrimonial, sostenida por el Estado boyante y discrecional.

La única posibilidad de reproducir hábitos capaces de respaldar el acuerdo era la escuela, pero esta parece haber cumplido su tarea más eficaz en la modelación forense de electores. Ha sido agente de promoción de lo electoral antes que fecundadora de hábitos y virtudes democráticas: desde la antigua calificación censitaria de la alfabetización hasta albergar en sus instalaciones el acto comicial. Podría decirse que las instituciones de resguardo hicieron su trabajo, por decreto y desde una discrecionalidad prudente se levantan los oasis donde las masas van a recuperar el aliento. Desde los comedores escolares hasta el llamado Programa de la gota de leche, desde la Ley del Seguro Social hasta la Dirección de Malariología, el desarrollo a gran escala de los proyectos de vivienda, el sanitarismo y la medicina preventiva, la casi desaparición de las enfermedades endémicas y la creación de hospitales generales en todas las ciudades importantes, la refundación de la escuela que tiene en el Instituto Pedagógico Nacional emblema y práctica.

Pero aquellas bondades no fueron entendidas como ampliación de lo civil que debía continuarse en la construcción de una ciudadanía expectante y solidaria, se entendió como donación, deuda como haber de los desarrapados. Si los primeros enfermos que salen curados de los nosocomios se llevan en su atadillo las sábanas de los hospitales, hoy siguen escamoteando esos enseres, se roban a sí mismos, hay derroche de dinero y faltan los insumos —también hoy los montunos van a comprar cuanto falta a la farmacia de la esquina con el récipe sin membrete que no compromete a la institución. Frente al rezago de la responsabilidad individual prospera el ventajismo de los grupos, florece el desprecio de lo colectivo estable desde una idea de bienestar nutrida, o minada, de apetitos y voracidad; tener y comer llegan a ser un acto compulsivo, primario, donde no se refleja ni la sanidad ni la unidad de lo social. Tener televisores en todos los cuartos de la casa, la nevera llena y, al menos, dos carros en el garaje, terminó siendo el ideal de bienestar del venezolano de hoy. Democracia, justicia, Estado de Derecho, son frases que oye o lee mal en los periódicos.



Las memorias anuales y los mensajes presentados en el Congreso de López Contreras y Medina Angarita están llenos de providencias, auxilios, exoneraciones, subsidios, y toda clase de amparos destinados a los comerciantes y miríadas de empresillas, era una manera de estímulo en la creencia de que el sector, puro sector terciario, por lo demás, se integraría a la novedad de instituciones y juridicidad en la inmediata tarea de fortalecer consumo e intercambio, pero sobre todo de promover la corresponsabilidad corporativa en un país urgido de asumirse como un proyecto ya no económico sino civilizatorio.

Eleazar López Contreras

Este empresariado nunca estuvo a la altura de esas exigencias, se dedicó a atesorar sus negocios, no comprendió que la creación de servicios y la organización de normas, garantías de ejercicio, amparo constitucional de la diligencia, debían ser retribuidas con una actitud necesaria para fecundar el nuevo orden a largo plazo. Creyeron que el venezolano emancipado del gamonalismo, con una capacidad superior de impactar el medio, aumentando su capacidad de compra y diversificando gustos y demandas era solo un consumidor. Para ellos las bondades civiles eran oportunismo y ventaja, nunca exigencias de una forma superior de participar en una cultura de la democracia, previsiblemente se dedicaron a medrar, a comprar y vender, y hasta el día de hoy le exigen al gobierno de turno que cree empleos, consumidores que garanticen la demanda solvente.

El monto de las indemnizaciones (saqueos tras la muerte de Gómez) que recibieron los comerciantes de Maracaibo en noviembre de 1936 es, al menos, escandaloso. En una rápida gestión López Contreras les entrega la totalidad de lo solicitado: 2.928.111.15 Bs., para tener una idea de la desmesura recordemos que la partida acordada para la reinstalación de la Universidad del Zulia, diez años después, es de 400.000 Bs. En los motines hubo 37 muertos, la mayoría quemados en los incendios de los depósitos de las grandes casas de abarrote, pero ni uno solo de esos muertos fue “pagado”, ni sus allegados compensados. Estos mismos comerciantes crearon una situación de desabastecimiento en los días de la Segunda Guerra Mundial, se dedicaron a acaparar productos básicos para especular en los momentos de aprovisionamiento crítico, pues los mercantes eran asechados por los submarinos alemanes; el gobierno regional requisó los depósitos y fueron detenidos algunos de estos bodegueros. Estos son los “capitanes de empresa” de la sociedad renacida tras el gomecismo, salvada de la anarquía por una élite esclarecida, pero cuyo futuro debía estar en entredicho si iba a depender de aquella clase de fuerzas vivas, grupos ventajistas y predadores, entre ellos la felonía nunca estuvo mejor representada.

Hasta hoy, este sector ruidoso cree que solo basta tener compradores para adelantar una sociedad, consumidores primero, los ciudadanos pueden esperar.

Sin una clara percepción de los acontecimientos augurales, la sociedad andaba sobre su salvación sin reconocerla, corporaciones y grupos, campesinos y parroquianos, empresarios y obreros, afanados en encajar en la rutina del día, carecieron de solemnidad para apreciar la distinta naturaleza de aquella reorganización de lo público. El escenario estaba servido para lo que vendría, todo modelado desde las fuerzas del igualitarismo: destrucción de las jerarquías, retraso del sentido de cambio, conformismo, la herencia histórica como haber de todos y de nadie, el éxito de los menos dotados. La elección era entre consumidores y ciudadanos, se optó por lo primero desde una pulsión lejana, “el país de mal comer”, de Uslar Pietri, la memoria de la pobreza datada desde el siglo XVI. En las sociedades industriales el consumo es sustentado desde la aptitud de ciudadanía, es una expresión utilitaria de ésta, su consecuencia hedónica, diríamos. Y no es sólo la demanda solvente su condición, los programas de asistencia social de aquellos países no son concesiones graciosas, representan el acuerdo en un grado principista. En cambio, en Venezuela, los programas de redistribución de la riqueza prescinden de todo enunciado, el asistencialismo se hace endémico y la pobrecía es incapaz de remitir el momento de amparo a la estabilidad de un orden más amplio y estable. El consumo sin ciudadanía reproduce así hordas, grupos sin arraigo ni adscripción, puramente beneficiarios del acuerdo.



Mariano Picón Salas

Quizás la sanción de Picón Salas sobre el comienzo del siglo XX en 1936 tenga su pleno sentido en una consideración no tanto del atraso como de la minoridad de una comunidad y su acceso a unas responsabilidades, los venezolanos de 1936 ya no son niños maltratados por un padre hosco. La frase oral ha construido su propia leyenda (“Venezuela entró al siglo XX en 1936”), pero debo a mi amigo Gregory Zambrano el subrayado de un sintético párrafo donde puede fijarse con legitimidad la elaboración de aquella idea. Como en ninguna otra época “el venezolano se acercó a definir su circunstancia, a escribir el memorial de sus deficiencias y fijar su proyecto de futuro, como en los años que comenzaron el 1936, a partir de la muerte de Gómez” —dice, y seguidamente hace una apretada lista de nombres, tareas y recursos con lo que debería encararse el inmediato proceso de recuperación. Con el nuevo horizonte los venezolanos alcanzan su mayoría de edad en una tierra baldía, pero que debía ser fecundada desde la sola valoración de la libertad y la reforma de las instituciones, el pueblo sumiso pisado por la bota inmóvil estaba obligado a explorar y diseñar desde una movilidad que suponía entendimiento con un entorno circular, de actores y escenario ya no para clamar sino para gestionar y enmendar. El fatalismo y su inercia socavadora daban paso a otro estado, uno de incertidumbre y tensión, de reconocimiento de unas fuerzas que podían ser administradas desde el proyecto de futuro. Lo llamaríamos un estado de angustia creadora, desde allí debería fluir el justo ser social del petróleo, el esplendor de un mundo material y sus posibilidades fecundado por los nuevos paradigmas de bienestar.

Autonomía del individuo, realización ya no solo como éxito económico o profesional, los campos petroleros difunden un modelo pero también una soterrada emoción, a una escala reducida éstos proyectaban un rumor, y antes que alienación y exclusión han debido verse como el alcance de unos usos impactando la regularidad. Y en buena medida las bondades de aquella expectación se cumplieron, entre el desconcierto y unas ansias desvalidas se desarrolló un tiempo de felicidad, de apropiación y rompimiento con los determinismos. Si Narcisus Enguerrand Philibert (en *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez) es precipitado al suicidio es justamente porque para él no había salida fuera de un orden estrecho pero concluyente, que ponía en evidencia los límites de todo lo demás —la herencia criolla de lo gamonal.

Pero Teófilo Aldana (*Mene*), también desempleado, ha descubierto otros horizontes en la exploración de su libertad, echa a andar por los campos y en ese andar observa, juzga las bondades y remodela su psiquis ya no desde los apetitos sino desde el deseo; se permite ese desplante de desperdiciar la recompensa de una moneda para echarse un trago de ron —recupera la pelota de tenis y la lanza al monte, ante los ojos de los zagales asombrados. Estamos en presencia de un sentimiento controlado, lejos de resentimiento y retaliación, este hombre ha dado con un proyecto superior, la agonía inmediata no lo disminuye, no se asume como un damnificado, y sabe que el día apenas empieza. En el envión de la pelota al montascal no hay rabia sino paciencia, contención, es una acción de despeje, en Aldana están latentes las fuerzas que deberán desplegarse en el escenario por venir, aptas para fundar y conciliar una civilidad de ciudadanos que no hagan de su recuerdo del hambre una excusa. Es, pues, el actor ideal de un guion que no estaba totalmente escrito para él, los de su estirpe deberán imponerse en un tiempo florido de donaciones.

En cambio, Nemesio Arismendi (*Oficina No. 1*, de Miguel Otero Silva) sí parece dominado no sólo por los apetitos, también es ya un calculador. Como se sabe, llega al caserío recién instalado en su camión destartado a rematar una carga de cerveza y termina convertido en jefe civil. Y aquí ya hay un salto atrás, el oportunismo y la tierra de nadie de los Mujiquitas y Ño Pernaletes, reaparecen en unas relaciones cuya remodelación resultaba más lenta que los acuerdos. Si en Aldana hay una pausa distintiva, y lo hace apto para la mediación de la educación y el reconocimiento de la alteridad, en Nemesio Arismendi tenemos el gestor de lo inmediato, el ojo avizor para los negocios y la ley de la ventaja, quien aprovecha al máximo la prosperidad en medio del caos, de la ausencia de referencias, y fatalmente concluiría imponiéndolas, dictándolas. Será el triunfo del país pragmático, de sus masas taciturnas y sus hombres providenciales. Ambos, Aldana y Arismendi, salen del mismo efervescer, el petróleo ya es más que una economía, es una dinámica modificando velozmente el horizonte cultural, nuevos nichos esperan para ser ocupados, roles y sobre todo conductas encuentran en él su arraigo. Caminarán en direcciones bifurcadas, alejándose de su vértice a un ritmo directamente proporcional a la diferencia, al conflicto de sus intereses.

Bibliografía sumaria:

Albornoz, Orlando. *La familia y la educación del venezolano*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1984.

Briceño Iragorry, Mario. *Mensaje sin destino*. Editorial Ávila Gráfica. Caracas, 1952.

Díaz Sánchez, Ramón. *Transición* (Política y realidad en Venezuela). El libro menor. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1983, (primera edición: 1937).

Díaz Sánchez, Ramón. *Mene*. Editorial Ávila Gráfica. Caracas, 1936.

Hutten, Felipe de. *Cartas*. Universidad Católica Cecilio Acosta. Maracaibo, 2009.

Mijares, Augusto. *Lo afirmativo venezolano*. Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1963.

Negrette, Américo. *Palmarejo*. Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, 1952.

Picón Salas, Mariano. *Regreso de tres mundos*. Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

Picón Salas, Mariano. *Suma de Venezuela*. Editorial Bárbara. Caracas, 1966.

Ramírez, Adolfo. *Anaco* (aspecto físico, social, sanitario). Editorial Minerva LTD. Bogotá, 1957.

Ramírez Faría, Carlos. *La democracia petrolera*. El Cid Editor. Buenos Aires, 1978.

Tinoco, Elizabeth. *Asalto a la modernidad*. Academia de la Historia. Caracas, 1987.

Vallenilla Lanz, Laureano. *Disgregación e integración* (prólogo de M. Sánchez Barba). Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1962.

Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*. Tipografía Garrido. Caracas, 1960.

Uslar Pietri, Arturo. *De una a otra Venezuela*. Ediciones Mesa Redonda. Caracas, 1949.

Venezuela vista por ojos extranjeros (Informe de la Misión Técnica Económica Norteamericana Fox, nombrada por el Gobierno Nacional, con prólogo crítico de Rómulo Betancourt). Editorial Magisterio. Caracas, 1942.

©Miguel Ángel Campos